

Estudio introductorio

Este libro es un testimonio de la reflexión de un teólogo de raza, el profesor Alfredo García Suárez¹.

Una parte de su valiosa obra fue recogida y editada por Pedro Rodríguez en el volumen *Eclesiología, Catequesis, Espiritualidad* (Eunsa, 1998)². De él se han entresacado algunos capítulos para la edición de este libro.

El 27 de marzo de 1998 tuvo lugar un acto académico de homenaje a D. Alfredo, que había sido planeado por la Facultad de Teología, con motivo de su setenta cumpleaños. El volumen ya citado se le entregaría en aquella ocasión, y quería ser símbolo de reconocimiento y agradecimiento a su figura y labor. Dios quiso que la proyectada sesión pasara a ser una sesión *in memoriam*³.

1. Para una semblanza biográfica cf. J. M^a CASCIARO, “*In memoriam*. Profesor Dr. D. Alfredo García Suárez”, *Scripta Theologica* 30 (1998) 897-905.

2. Nos referiremos a él con las siglas ECE.

3. Cf. P. RODRÍGUEZ, en el discurso de apertura de ese acto, citado por J. M^a Casciaro, a. c., 898. En relación con el área catequética, cabe evocar que el profesor Pedro Rodríguez había dirigido la edición crítica del Catecismo Romano o Catecismo de Trento (cf. P. RODRÍGUEZ ET AL., *Catechismus Romanus*, Ed. crítica, Ciudad del Vaticano 1989).

En ese acto académico, Mons. José Manuel Estepa, arzobispo castrense⁴, destacó la especial colaboración del profesor García Suárez en la redacción del Catecismo de la Conferencia Episcopal Española “Esta es nuestra fe” (1986). A este propósito añadió:

“Para mí fue gozo particularísimo cuando meses más tarde nos reuníamos un reducidísimo grupo de Obispos de diversas procedencias con el cardenal Ratzinger en Roma, para decidir, al fin, la articulación y principales criterios de elaboración del proyecto de “Catecismo Universal” (el que sería el *Catecismo de la Iglesia Católica*), que se nos había encomendado realizar, y el Cardenal señalaba, ante todos, como modélico, el citado texto español”⁵.

* * *

Tres temas de fondo destacan en estos escritos: la teología del laicado, la educación de la fe y la renovación de la Iglesia.

En primer lugar, el compromiso cristiano en el mundo (lo que hoy llamaríamos la secularidad cristiana general) y particularmente el propio de los fieles laicos (el modo de su secularidad, que *Lumen gentium* designa como “índole secular”).

4. Fue Secretario especial del IV Sínodo de los obispos sobre la catequesis (1977). Miembro de la comisión de seis obispos que redactó el Catecismo de la Iglesia Católica y redactor principal del *Directorio general para la catequesis* (1997), sería creado cardenal por Benedicto XVI en 2010. Cf. M^a. GRANADOS MOLINA, “D. José Manuel Estepa y su servicio a la catequesis”, *Actualidad Catequética* n. 264 (2019) 53-80. En 2006, junto con otro profesor (Enrique Borda), quien escribe estas líneas tuvo la ocasión de mantener una interesante entrevista con este arzobispo: cf. “Conversación en Madrid con Jose Manuel Estepa (acerca del Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio)”, *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 367-388.

5. Palabras citadas en el texto al que se refiere nuestra nota 1, p. 903.

En segundo lugar, también en el marco teológico del mensaje cristiano, ofrece oportunas e incisivas consideraciones sobre la educación de la fe y concretamente la catequesis.

Por último, fundamenta y perfila los rasgos característicos de la auténtica renovación de la Iglesia y sus instituciones.

El volumen que presentamos consta de siete capítulos. Podrían distribuirse en dos partes, que corresponden a los tres temas indicados. Los tres primeros desarrollan aspectos importantes del mensaje cristiano en relación con la secularidad cristiana, es decir, la visión cristiana del mundo y de la historia, y con el modo propio en que la viven los fieles laicos. Los tres siguientes enfocan la transmisión de la fe, especialmente mediante la catequesis. El último se refiere a la renovación de la Iglesia vista a la luz de la figura maternal y paradigmática de María.

Compromiso en el mundo y misión de los laicos

El primer capítulo expone la importancia del *compromiso cristiano en el mundo*, particularmente en el caso de los fieles laicos.

“El cristiano comprometido en las actividades terrenas –escribe el autor–, ejerce, a través de su trabajo, la eficacia relativa a su profesión; pero si, en cuanto cristiano, cumple fielmente sus menesteres y obligaciones, logra una mayor eficacia, incluso en el orden temporal, pues su noción de la sociedad y de sus intereses es más limpia y, ante todo, por la razón de que la vida de Cristo comunicada a su espíritu, suscita en él disposiciones y sentimientos que lo llevan a practicar, con más generosidad, la justicia, el sacrificio y el amor, que son como las pilastras del orden temporal más acabado y cabal” (p. 43).

El trabajo desarrollado por un fiel laico es el de un miembro de la Iglesia; pero no por eso es *eclesiástico*, es decir, no representa en modo alguno a la jerarquía eclesiástica. En todo acaso, actúa “en comunión interior con Dios y en Cristo y en su glorificación”; y además actuará siempre en relación de filial obediencia hacia la autoridad eclesiástica (Juan XXIII) (cf. p. 44).

De este modo, “por medio de sus miembros laicos, la Iglesia informa la integridad del orden temporal, lo fermenta con la levadura evangélica, configurándolo en sus perfiles humanos y en sus líneas cristianas” (p. 45).

El segundo capítulo analiza la relación entre *Providencia divina* y *planificación de la historia*. Podríamos considerar este capítulo como un marco para comprender bien el anterior y el siguiente.

Desde el interés por la historia y su dinámica, síntoma de una preocupación ética, observa el autor, en nuestro tiempo, el surgir de un nuevo humanismo con mayor responsabilidad. Nace el afán por la *planificación*, y concretamente el movimiento demográfico y sus propuestas sobre la planificación de la vida humana. Ante esa situación, el cristiano –propondrá García Suárez– debe tener en cuenta las indicaciones de las previsiones humanas, en la medida en que sean fiables, y el plan de Dios. Y respecto a este último, no fácilmente discernible, habrá de pasar algunas veces por imprudente (cf. p. 58). Además, la libertad debe aceptar siempre un cierto riesgo e incertidumbre. Pero el cristiano sabe que “todo es para bien” y por eso ha de actuar corriendo un “riesgo apasionado” (p. 63). Ha de “aceptar la clara oscuridad de la fe” (p. 64) como cooperador de Dios en la historia, con confianza en la Providencia, también en relación con la “paternidad responsable” que deben vivir los esposos cristianos.

En el capítulo tercero, el autor vuelve sobre los fieles laicos, su vocación y misión propias, que participan de la vida y de la misión de la Iglesia. Señala que la *existencia secular cristiana*, que

a los cristianos laicos corresponde, comporta, en palabras de san Josemaría, el “sencillo propósito de vivir responsablemente los compromisos y las exigencias bautismales” (p. 81).

En esta perspectiva, observa García Suárez, “la Eucaristía no arranca a los creyentes de su ‘vida ordinaria’ sino que la supone: ella viene a condensar –como en una cúspide– la trascendencia de Dios que rebosa de las intrascendentes acciones diarias de un cristiano” (p. 85). Todo ello no suprime una sana actitud crítica ante lo que sea incompatible con la dignidad humana o con el mensaje del cristiano; pues “la fuerza expansiva del Evangelio y de la gracia cristiana no es pacificadora ni deja intocado el marco en que actúa” (p. 86).

De esta manera, “sin alejarse del mundo y sin dedicarse a actividades ‘eclesíasticas’, el cristiano hace presente a Cristo y a su Iglesia, cuando su comportamiento mundanal es traducción conherente de su fe” (pp. 86s). Y esto es así “porque la vitalidad salvífica de la Iglesia opera también bajo formas no sacras, a través de los creyentes comprometidos en las tareas del mundo” (pp. 87s).

Sin olvidar la necesaria intervención de la jerarquía en la enseñanza de la Doctrina social de la Iglesia, y en particular cuando lo requiera gravemente el discernimiento moral de las situaciones, nuestro autor pone en guardia contra un clericalismo más o menos larvado, en relación con las opciones temporales. (Notemos que esto sigue siendo bien actual, en un tiempo como el nuestro, en que se desea fomentar la participación de todos en el caminar de la Iglesia).

“La actividad secular cristiana –la vida ordinaria y el trabajo santificado en medio del mundo– es ‘eclesial’, pero no ‘eclesiástica’” (p. 97); en esto insiste nuestro autor, si dejar de ponderar el necesario servicio y materna función del ministerio sacerdotal.

La transmisión del mensaje cristiano

Decíamos que los tres capítulos siguientes afrontan la transmisión del mensaje cristiano, especialmente por medio de la catequesis. Conviene advertir que el término *catequesis* no designa la tarea exclusiva de educación en la fe dirigida a los niños y jóvenes – como suele entenderse a nivel popular –, sino más ampliamente, la formación de todo bautizado con vistas a una vida maduramente cristiana. (En un sentido muy amplio, y en sentido teológico, esta educación de la fe incluye también hoy la enseñanza escolar de la religión, cosa que no es catequesis en el sentido usual del término, reservado actualmente para la formación cristiana que se imparte en las familias cristianas, las parroquias y los grupos eclesiales).

El cuarto capítulo (el más breve de los que presentamos) introduce una reflexión teológica sobre *la evolución histórica de los catecismos*. De hecho, los catecismos nacen también para la iniciación cristiana de adultos que desean hacerse cristianos, con el fin de apuntalar no solo la doctrina sino también la práctica sacramental, la vida moral y la oración de los creyentes.

Desde la época medieval, los catecismos, en modos diversos, han procurado combinar las enseñanzas sobre la fe con la pedagogía, también en dependencia con la cultura de los tiempos y lugares. (Hoy, notémoslo, en la educación de la fe se enfatiza la necesidad de atender a las ciencias humanas – antropología, psicología, pedagogía, sociología –. En comparación con siglos anteriores, la catequesis requiere una especial atención al aspecto intelectual, puesto que la cultura “intelectual” es, en muchos lugares, mayor. Esto no debe llevar a descuidar las otras dimensiones de la fe: celebrativo-litúrgica, moral y orante).

Es interesante la referencia de nuestro autor al debate sobre el catecismo “universal” para niños (*parvus catechismus*), durante el Concilio Vaticano I. Evoca la toma de conciencia de que no era

conveniente imponer un mismo catecismo para todos los niños del mundo, a causa de la diversidad de las culturas⁶. (Diferente sería en el siglo XX la opción de publicar un Catecismo para adultos, situado en un nivel de inculturación general, y que pide mediaciones concretas en las culturas locales, como es el *Catecismo de la Iglesia Católica*, edición típica de 1997)⁷.

El capítulo quinto (el más extenso de los seleccionados) se dedica a la *integridad del mensaje cristiano*.

Como señala el autor al principio del texto, la ocasión era la publicación del catecismo para preadolescentes *Con vosotros está*, aprobado por la Conferencia episcopal española en 1976. (Actualmente en nuestro país contamos con el catecismo “Jesús es el Señor”, publicado en 2008, para niños de 6 a 10 años, y el catecismo “Testigos del Señor”, de 2014, cuyos destinatarios principales son los niños y adolescentes entre 10 y 14 años).

El catecismo *Con vosotros está* seguía los criterios del *Directorium Catechisticum Generale* (DCG) publicado en 1971 bajo el pontificado de Pablo VI. Posteriormente se publicó una segunda edición en 1997 (*Directorio General para la Catequesis*), en el pontificado de Juan Pablo II, y una tercera en 2020 (*Directorio para la Catequesis*) bajo el Papa Francisco. Cada uno de ellos ha incorporado nuevas orientaciones para la transmisión de la fe, teniendo

6. Vid. al respecto lo que escribimos en “El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica y las cuestiones planteadas desde el debate *De Parvo Catechismo*”, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 89-110.

7. Entre la abundante bibliografía sobre el Catecismo de la Iglesia Católica, destacamos J. RATZINGER—CH. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 1994; P. RODRÍGUEZ, “El Catecismo de la Iglesia Católica: interpretación histórico-teológica” (lección inaugural del curso académico 1994-1995 en la Universidad de Navarra), publicado en J. M. ESTEPA LLAURENS Y OTROS, *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, ed. F. FERNÁNDEZ, Madrid 1996, pp. 1-45.

en cuenta los cambios en la situación cultural y los avances en las ciencias humanas.

En este capítulo –de gran interés y actualidad también para nosotros–, y en el marco del mensaje cristiano, el autor se centra en el *lenguaje verbal*. Y, dentro del lenguaje verbal, distingue entre anuncio y doctrina. Esta segunda es la explicación del anuncio de fe, y depende más de las circunstancias de lugar y tiempo, de las culturas y de otras circunstancias existenciales.

Anuncio y doctrina o doctrinas

Esa distinción, tan propia de la teología pastoral, entre anuncio y doctrina o expresión doctrinal del anuncio, puede ponerse en paralelo con otra distinción, propuesta por san Juan XXIII en su discurso durante la solemne inauguración del Concilio Vaticano II: “Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del “*depositum fidei*”, y otra la manera de formular su expresión”⁸. Y esta distinción la hacía el Papa Roncalli en orden a articular la necesaria relación entre guardar o conservar el depósito de la fe y transmitirlo; pues el Concilio se había convocado para ambas cosas, y a ello obedecía su “índole pastoral”.

Por lo que respecta a la *integridad* (en sentido cuantitativo) *del mensaje cristiano*, nuestro autor subraya la necesidad de transmitir la enseñanza apostólica en su totalidad, sin recortes ni escisiones ni tampoco añadiduras.

Pone de relieve el hecho de que todos los escritos del Nuevo Testamento están como atravesados por un mismo hilo conductor: *Cristo*. Todo en ellos se ilumina y se dilucida en relación con

8. Alocución *Gaudet Mater Ecclesia*, 11-X-1962, accesible en www.vatican.va.

Cristo⁹. Ese es su mensaje central: “el anuncio de Jesús, el Señor y su gesta salvadora” (p. 128), anuncio que se puede expresar de formas diversas.

Junto con ese *anuncio* central (el *kérygma* o anuncio de la fe), los escritos neotestamentarios contienen explicaciones que constituyen un “juicio iluminador e interpretativo o hermenéutico” (p. 129) sobre muchas cuestiones (enseñanzas, exhortaciones, etc.) que afectan a la vida cristiana; es decir, contienen *doctrina* (doctrina de la fe); doctrina –o mejor doctrinas– que son “el resultado de un diálogo del *kérygma* con los sucesivos lenguajes humanos” (p. 134), fruto del discernimiento y de la sabiduría cristiana.

Anunciar el Evangelio y enseñar son, en efecto, las dos dimensiones (que no elementos separables) de la trasmisión de la fe apostólica (cf. Hch 5, 42)¹⁰. (Son también, notémoslo, las dos dimensiones inseparables de toda educación de la fe, sea, como hemos señalado, la enseñanza escolar o académica en el aula de religión, sea la catequesis de la comunidad cristiana en la familia, en

9. De ahí el cristocentrismo de la educación de la fe. Cf. el capítulo III de nuestro trabajo *Caminos de la fe. Siete itinerarios en el Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 2021, pp. 51-68.

10. La doble dimensión kerigmática y doctrinal pertenece también a la teología. Esto lo puso de relieve J. A. Jungman ya en 1936. Respecto a la catequesis, en el sentido amplio de educación de la fe, en los años sesenta se subrayó su dimensión *kerigmática* y también vuelve a hacerse en nuestros días, bajo perspectivas y con acentos diversos (cf. *Directorio para la catequesis*, 2020, nn. 57-60). “La centralidad del *kerygma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena” (FRANCISCO, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 165).

la parroquia, o en los grupos, movimientos, asociaciones y demás realidades eclesiales).

En el desarrollo de su argumentación, García Suárez alude a diversos momentos en los que la predicación del mensaje cristiano se confrontó con determinados contextos culturales, y de ahí surgió un nuevo lenguaje o nuevos lenguajes eclesiásticos: la asunción de términos griegos para expresar la doctrina cristiana en los Concilios de Nicea y de Calcedonia; la sobria “cristianización” de Aristóteles por Tomás de Aquino y el Magisterio en la época medieval; la encrucijada del Concilio de Trento ante el ambiente creado por la Reforma protestante; la “traducción” del mensaje de la fe al lenguaje cultural del siglo XIX. Y desde ahí se pregunta cómo transmitir el mensaje cristiano en nuestra época, hipotizando si no será a través del lenguaje bíblico; y, en ese sentido, siguiendo un criterio de “evolución por involución”, es decir, buscando la conexión de los elementos de la fe con su origen y fuente viva.

Intensidad “extensiva” e “intensiva” del mensaje cristiano

En relación con esta cuestión se pregunta el autor si la transmisión de la fe debe hacerse hoy según una integridad “extensiva” de los “contenidos” de la fe; es decir, asumiendo todas las explicaciones bíblicas y las respuestas doctrinales del Magisterio a las cuestiones culturales acumuladas durante la historia. Y responde que esto, además de ser una tarea prácticamente imposible, sería incluso imprudente; puesto que muchas de esas explicaciones o verdades, aunque contengan verdad en conexión con el contexto a que pertenecen, no pueden imponerse como válidas y significativas para todos los tiempos. Y aduce el autor declaraciones magisteriales al respecto. A la vez, indica que esa “integridad extensiva” ciertamente tiene un lugar en la Iglesia, lugar que pertenece tanto

al ministerio de los teólogos como de los pastores en sus respectivas tareas formativas y orientativas.

Para la transmisión de la fe el autor propone como criterio fundamental el de la *integridad intensiva*, criterio que significa lo siguiente:

“la totalidad de elementos del mensaje cristiano se implican (o se condensan) en el anuncio del fundamento de la salvación, esto es, en el Evangelio o Buena Noticia de Cristo, ‘sabiduría de Dios’ (1 Co 1, 24), nombre dado a los hombres en el que únicamente pueden alcanzar la salvación (cf. Hc 4, 12)” (pp. 154s).

En efecto, el misterio de Cristo (diríamos nosotros, el misterio “completo” de Cristo, que incluye tanto su realidad de Verbo encarnado, su vida terrena pre y postpascual, su vida gloriosa y también el misterio de la Iglesia hasta su consumación en el Reino de Dios definitivo) es el centro de lo que en teología se considera como “nexo de los misterios” y “jerarquía de verdades”¹¹. Esto tiene su correlato en la transmisión del mensaje evangélico que acontece en la educación de la fe, como lo refleja la investigación de nuestro autor y como lo dice el Directorio para la Catequesis (2020):

“La unidad orgánica de la fe da testimonio de su esencia última y permite anunciarla y enseñarla en su inmediatez, sin omisiones ni recortes. La enseñanza, aunque sea gradual y con adaptaciones a las personas y a las circunstancias, no tiene por qué afectar a su unidad y organicidad” (n. 178).

Después de considerar algunos aspectos de ese criterio de “integridad intensiva” en la transmisión del mensaje del Evange-

11. Cf. CONC. VATICANO I, Const. Dogm. *Dei Filius*, c. 4, DS 3.016; CONC. VATICANO II, Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 11.

lio –en relación con las Sagradas Escrituras y con los símbolos, compendios y “artículos de la fe” en la tradición eclesial– el autor vuelve, a modo de conclusión, sobre el criterio de la jerarquía de verdades y la integridad intensiva del mensaje cristiano.

Afirma el profesor García Suárez que desde un siglo atrás, este tema ha ido tomando “un rumbo cualificadamente nuevo” (p. 198), tal como se refleja en el Concilio Vaticano II, gracias sobre todo al movimiento ecuménico.

El Magisterio posterior, particularmente la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, profundiza el centro del mensaje cristiano, aludiendo a “la predicación del amor fraterno para con todos los hombres –capacidad de donación y de perdón, de renuncia, de ayuda al hermano– que por descender del amor de Dios, es el núcleo del Evangelio” (n. 28)¹²; y ello se extiende a todo lo que implica la liberación integral del hombre anunciada en el Evangelio.

El mensaje que transmite la catequesis

En el capítulo sexto de este libro, el autor vuelve sobre *El mensaje cristiano y su transmisión en la catequesis de la Iglesia*. Reconoce que, hasta cierto punto, “todo el dinamismo eclesial –en su conjunto– realiza la transmisión de la fe” (p. 222). Pero entonces, se pregunta, “¿cómo transmite la fe específicamente la catequesis?” Y ante todo “¿a qué llama hoy la Iglesia catequesis?”

12. En relación con esto vid. FRANCISCO, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (2013), cuando afirma que el principio de la “jerarquía” en las verdades “vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia, e incluso para la enseñanza moral” (n. 36).

Desde el Concilio Vaticano II para acá se da la situación de que la catequesis tradicional (como preparación para los sacramentos) va siendo sustituida por una evangelización (en sentido estricto) que necesita volver al primer anuncio de la fe, de modo que evoca los primeros siglos del cristianismo. Por ello se impone la pregunta por la distinción entre evangelización y catequesis. Según Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, la distinción no es radical, puesto que la evangelización puede entenderse como un proceso (la transmisión de la fe) que abarca, entre sus elementos, a la catequesis, como uno de los modos o formas de transmitir la fe que tiene especialmente en cuenta la inteligencia del cristiano, en lo que se refiere a su conocimiento de la verdad que Dios ha querido transmitirnos.

Toma nota el autor de cómo ya en el sínodo universal sobre la catequesis (1977), algunos obispos plantearon si la catequesis debe seguir incidiendo de modo sustancialmente decisivo, como venía haciéndose durante siglos, en el aspecto cognitivo, es decir, en la “inteligencia de la fe”. De un lado, el posconcilio había llegado a la convicción de que también son esenciales otras dimensiones de la catequesis: al lado de la penetración en el conocimiento de la Palabra de Dios, son esenciales la celebración de la fe que esa Palabra suscita y el testimonio (o confesión) de la fe en la vida cotidiana.

Qué sea o no específico de la catequesis no es una cuestión abstracta sino que incide realmente en la vida de la Iglesia. De otro lado, catequesis, celebración y compromiso no se identifican entre sí.

Aunque la cuestión no quedó zanjada, desde la reflexión de esa fuente eclesial autorizada que es el sínodo sobre la catequesis, nuestro autor propone la siguiente conclusión: “la propensión nativa, la tensión connatural de la acción catequética se orienta a desarrollar el momento interno cognoscitivo del proceso catequético” (p. 238). Aunque probablemente no tiene sentido pretender

una delimitación neta y en abstracto de la catequesis –hoy la catequesis es en gran parte evangelización (incluso en el sentido estricto de este término que emplea el autor, y cada vez más)– sí puede afirmarse que “una catequesis de la comunidad ha de propender a penetrar críticamente en el misterio de Dios y en el misterio del hombre, imagen del Dios vivo” (Ib.).

En esa línea, siguiendo a Pablo VI y también a Juan Pablo II, la exhortación *Catechesi tradendae* (1979), recogiendo los frutos del sínodo, señala que la catequesis es “un periodo de enseñanza y madurez” (n. 20) que requiere una enseñanza orgánica y sistemática (cf. n. 21); al mismo tiempo, la catequesis se encuadra en el conjunto de la evangelización (nótese el sentido amplio de la palabra) y tiende a la madurez a nivel de conocimiento y de vida (cf. Ib.).

Así dice el *Directorio para la catequesis*, de 2020: “La catequesis tiene la tarea de fomentar el conocimiento y la profundización del mensaje cristiano. De esta manera ayuda a conocer las verdades de la fe cristiana, introduce en el conocimiento de la Sagrada Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia, promueve el conocimiento del Credo (Símbolo de la fe) y genera una visión doctrinal coherente, a la que se puede hacer referencia en la vida. Es importante no subestimar esta dimensión cognitiva de la fe y tener cuidado de integrarla en el proceso educativo de la maduración cristiana integral. De hecho, una catequesis que opusiera contenido y experiencia de la fe resultaría un fracaso. Sin la experiencia de la fe uno se vería privado de un verdadero encuentro con Dios y con los hermanos; sin contenido, se impediría la maduración de la fe, capaz de introducir en el sentido de la Iglesia y de vivir el encuentro y la confrontación con los demás” (n. 80).

Una segunda cuestión que se plantea el profesor García Suárez es *cuál es, precisamente, el mensaje que transmite la catequesis*. Esto

tiene que ver con el predominio en muchos ámbitos de la llamada “catequesis de la experiencia”, con su insistencia en las actitudes religiosas, más que en los conocimientos que están implicados en el mensaje cristiano. Estos son fundamentales sin olvidar aquellas.

¿Y, finalmente, cuáles serían los *elementos* del mensaje catequético? Tomando como modelo la catequesis prebautismal, nuestro autor llega a algunas conclusiones que califica como *urgentes*:

- el cristocentrismo (entendido como un cristocentrismo trinitario o teocentrismo cristológico) del mensaje;
- la tendencia a la condensación doctrinal que exprese la oferta sumaria de la fe, a la vez que vaya corrigiendo las posibles desviaciones doctrinales y asumiendo los enriquecimientos históricos que surgen aquí y ahora, en cada lugar y tiempo sacando a la luz las virtualidades del misterio de Cristo;
- el volver, al mismo tiempo como algo muy necesario, una y otra vez, a los núcleos fundamentales del mensaje cristiano. Es decir, el anuncio, hecho relevante y significativo para quienes lo escuchan. En palabras del autor:

“la buena y decisiva Buena Noticia (Evangelio) que desborda todas las claves penúltimas de la existencia de los hombres y que reivindica para sí la interpretación última de la vida, de la muerte, del amor, del trabajo, de la solidaridad fraterna y de la edificación justa de la ciudad terrena” (p. 253).

María, Madre y paradigma de una Iglesia que se renueva permanentemente

Como broche de oro para este libro, hemos tomado un artículo del profesor García Suárez sobre *María y la renovación de la*

Iglesia. Corresponde a la contribución del autor en un congreso mariológico, pero el texto era inédito hasta que fue incluido en el volumen que nos ha servido de fuente.

Se trata de un texto que es también actual. En nuestro tiempo se impulsa a la renovación de la Iglesia, que es renovación de la comunidad cristiana, renovación personal antes que institucional. Y por ello las condiciones que señala el autor para toda renovación –la permanencia en la comunión eclesial, la actualización de la genuina tradición de la Iglesia y el mantenimiento de los núcleos vitales de la Iglesia que son la santidad y el impulso misionero– son también hoy luces para nuestro caminar.

De esta manera, en un tono que recuerda a Yves Congar –a quien cita, entre otros, en su obra *Verdaderas y falsas reformas de la Iglesia*–, nuestro autor presenta los rasgos característicos de toda auténtica renovación eclesial: la conexión entre existencia cristiana y comunión eclesial, entre la docilidad al Espíritu Santo y la comunión fraterna; la complementariedad entre ministerios y carismas, entre unidad y pluralismo; el universalismo de la comunión eclesial.

Entre los rasgos de la renovación eclesial, se centra en el tema candente de la relación entre la existencia cristiana y la tradición. Describe esa relación como sigue:

“Toda genuina renovación de la existencia cristiana ha de poder contrastarse con la tradición de la Iglesia, esto es, ha de poder mostrar siempre su conexión con los cristianos de la generación apostólica y con los eslabones auténticos que con ellos se concatenan a lo largo de los siglos (p. 271).

Y se detiene en el sentido de la tradición eclesial, distinta de las “tradiciones” (costumbres, actitudes o formas diversas de entender determinados aspectos doctrinales); en la necesidad de buscar la propia identidad en el tiempo; en el auténtico sentido de una ac-

tualización de la tradición; en el imperativo de que los procesos de renovación surjan del contacto con la realidad de la Iglesia (y no como resultado de ideologizaciones); en la fidelidad a las exigencias de santidad y de apostolado.

Al final –concluye–, para evitar tanto la inercia como la precipitación en los procesos de renovación, lo que cuenta es la esperanza –fundada en la vida de Jesús resucitado y confiando en los tiempos de Dios– junto con el esfuerzo continuado –los tiempos del hombre– en la gestación de la historia humana.

Si bien estos textos han sido escritos hace décadas y tocan aspectos parciales y concretos del mensaje cristiano, de la educación cristiana y de la Iglesia, el lector comprobará que siguen siendo actuales, y lo serán durante mucho tiempo.

El editor. Pamplona, 14 de septiembre de 2024,
fiesta litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz.